
Los malestares actuales de la infancia

Current signs of malaise in children

José Ramón Ubieta

Psicólogo clínico. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Profesor de la Universitat Oberta de Catalunya.

A/e: jubieta@yahoo.es

Data de recepció de l'article: 18 de juny de 2018

Data d'acceptació de l'article: 1 d'agost de 2018

DOI: 10.2436/20.3007.01.116

Resum

L'article parteix de la noció d'infància entesa com un concepte històric, i per tant canviant, subjecte a les transformacions socials. Explicita la seva aposta per llegir els malestars en la infància com a símptoma d'aquests canvis i no tant com trastorns individuals, sense oblidar la importància del factor subjecte sempre present.

Assenyala tres d'aquestes transformacions, que afecten a la feina/saber, a les dinàmiques familiars i a l'aliança entre la tecnologia i el discurs capitalista. A partir d'aquí s'analitzen quatre fenòmens actuals que en l'actualitat incideixen de manera rellevant sobre la infància: el desemparament digital, el TDAH, l'assetjament escolar (bullying) i la violència filio-parental.

Es conclou tot proposant un abordatge d'aquests malestars que no exclou, en cap cas, als seus protagonistes: nens i nenes, adolescents i mares i pares. Els professionals, siguin educadors, clínics o treballadors socials s'han d'incloure en el quadre mateix de la intervenció i no quedar-se fora, com si es tractés d'un mètode experimental on l'objecte és analitzat asèpticament. Per a això la conversa i el treball en xarxa esdevenen instruments claus.

Paraules clau

Infància, adolescència, desemparament digital, TDAH, violència filio-parental, assetjament escolar.

Resumen

El artículo parte de la noción de infancia entendida como un concepto histórico, y por tanto cambiante, sujeto a las transformaciones sociales. Explicita su

apuesta por leer los malestares en la infancia como síntoma de esos cambios y no tanto como trastornos individuales, sin olvidar la importancia del factor sujeto siempre presente.

Señala tres de estas transformaciones, que afectan al trabajo/saber, a las dinámicas familiares y a la alianza entre la tecnología y el discurso capitalista. A partir de aquí se analizan cuatro fenómenos actuales que en la actualidad inciden de modo relevante sobre la infancia: el desamparo digital, el TDAH, el acoso escolar (*bullying*) y la violencia filio-parental.

Concluye proponiendo un abordaje de estos malestares que no excluye, en ningún caso, a sus protagonistas: niños y niñas, adolescentes y madres y padres. Los profesionales, sean educadores, clínicos o trabajadores sociales deben incluirse en el cuadro mismo de la intervención y no quedarse fuera, como si se tratase de un método experimental donde el objeto es analizado asépticamente. Para ello la conversación y el trabajo en red devienen instrumentos claves.

Palabras clave

Infancia, adolescencia, desamparo digital, TDAH, violencia filio-parental, acoso escolar.

Abstract

This paper treats childhood as a changing discourse in time, a discourse subject to social transformations. It seeks to understand childhood malaise as a symptom of these changes rather than as individual disorders. This understanding, however, should take into consideration the always present "subject factor". We point out three of these social transformations which affect "work/knowledge", family dynamics and the alliance between technology and the capitalist narrative. The paper then goes on to analyse four phenomena occurring in the childhood and adolescence of many children of our time. These phenomena are "digital helplessness", ADHD, bullying and child-to-parent violence. Lastly, we conclude by proposing an approach to this malaise, one that does not exclude the protagonists – children, teenagers and parents. Professionals, whether they are educators, clinicians or social workers, should be included in the intervention framework. They should never be left out, as if it were a case of an experimental method in which the subject is analysed aseptically. To achieve this end, conversation and networking are key tools.

Keywords

Childhood, adolescence, digital helplessness, ADHD, child-to-parent violence, bullying.

Desmonitorizar la infancia

Hablar hoy de los malestares de la infancia implica, de entrada, explicitar cuál es la mirada que tenemos sobre la infancia y, por ende, su continuación en la adolescencia. Es evidente que las infancias actuales poco tienen que ver con las que describió Freud hace más de cien años o, incluso, las que cada uno de nosotros vivimos en la segunda mitad del siglo pasado.

La infancia no es un momento cronológico, sino un tiempo lógico tal como mostró el psicoanalista Jacques Lacan (1971). La infancia es un primer tiempo para mirar, un tiempo abierto a lo inacabado, a lo que está por venir y por construir. Un tiempo también para fracasar y aprender de los tropiezos. Un tiempo para las sorpresas y la curiosidad. El saber que allí se explora, incluido por supuesto el saber sobre el sexo, tiempo habrá de ponerlo a prueba más tarde, en el «despertar de la primavera». Es un momento lógico necesario, decía también Freud (1981), para formar aquellos síntomas y defensas, como el pudor, la vergüenza, los ideales, con los que hacer frente a ese real que constituye lo más íntimo y propio de cada uno. Es el tiempo en el que la sexualidad y la muerte se viven pero necesitan ciertos velos antes de abordarlas directamente. Por eso no se puede eliminar ese tiempo de latencia, en el que cada uno y cada una vamos construyendo lo que será después nuestro modo singular de estar en el mundo.

Fue el propio Lacan (2001a) quien, en 1946, señalaba que los riesgos futuros no vendrían de la indocilidad de las personas sino de la pasión por etiquetar y reducir las complejidades humanas a categorías simples. Esos riesgos, setenta años más tarde, son ya una realidad presente.

La pasión actual por el *naming*, por nombrar como trastornos o enfermedades aspectos propios del desarrollo evolutivo, está condicionando ya nuestra perspectiva sobre las infancias y especialmente el abordaje que hacemos de sus dificultades. Es evidente que la infancia misma, y su posterior salida, no es un trayecto exento de dificultades. Se trata de un recorrido que exige su tiempo, y además un ritmo propio a cada uno. Por ello, nombrar precoz y precipitadamente como trastorno o fracaso aquello que nos hace singulares es contribuir, como decía el escritor Arthur Clarke

(2000) en su obra *El fin de la infancia*, a una pérdida del deseo de vivir. Ese furor actual por etiquetarlo todo presupone ya la idea de una supuesta normalidad evolutiva que sería posible pautar y estandarizar. Una vez verificado que un niño o una niña no cumplen esas previsiones se trata de corregir ese déficit por medios que privilegian básicamente su objetualización. De esta manera se excluye el vínculo de la palabra y la conversación, únicos recursos válidos que nos darían la pista de ese malestar.

Ese control encuentra hoy, en las numerosas propuestas «tecnológicas» de monitorización de la infancia, un supuesto auxiliar de los padres (Ubieto i Pérez, 2018). La paradoja es que cuanto más fieles y devotos se hacen los padres de esa nueva religión de los *gadgets*, más vulnerables se encuentran en su posición de autoridad auténtica. Nuestra propuesta y nuestro deseo es más bien lo contrario. No liquidar la infancia que hay en cada niño y niña. Reivindicar ese tiempo de construcción subjetiva sin patologizar aquello que forma parte de las soluciones e invenciones que cada uno va haciendo. Reivindicar el derecho de los niños y niñas a darse un tiempo antes de hacerse adultos, a «fracasar», antes de concluir su investigación.

Para ello hace falta tomarse el tiempo para escucharles, suponiéndoles un saber, y también a sus padres y maestros. El saber y las invenciones de madres, padres e hijos son un valor que debemos considerar siempre en cualquier plan de trabajo que hagamos. No tanto para legitimarlo sin más, sino para tomarlo como punto de partida y cuestionar todas aquellas certezas que fijan a alguien a un destino que, sabemos, nunca está fijado del todo ya que la última palabra siempre la tiene el sujeto, con sus elecciones y responsabilidades.

¿Síntomas o trastornos?

Una vez clarificada nuestra perspectiva, y confianza en los protagonistas, deberíamos ahora precisar una diferencia clave que se deduce de lo anterior. Conviene distinguir entre dos conceptos cuyo uso determina ya la posición que tomamos, como profesionales, delante de las dificultades y malestares detectados: síntoma y trastorno.

Un síntoma es la prueba evidente de que algo de la expectativa, que todo ideal promueve, se ha quedado a medias. El ideal de una educación obligatoria para todos deja como síntoma el resto de alumnos que no alcanzan el éxito y presentan problemas diversos en sus aprendizajes o en su conducta. El ideal de salud integral se acompaña de todas las patologías que resisten a la curación y el ideal de bienestar social no consigue tapar todo el malestar social del que se ocupan, preferentemente, los servicios sociales.

Un síntoma es entonces una formación de compromiso entre ese ideal, que no se alcanza por completo, y las tendencias del sujeto que a veces no quieren el bien que el ideal encarna, porque encuentra una satisfacción (un goce) en la repetición de ese «fracaso» del ideal. El ideal de una parentalidad positiva ha nacido en el momento en que emergen también nuevas dinámicas familiares con fenómenos de violencia filio-parental que hacen objeción a esa positividad.

Vemos pues, ya de entrada, que la política de erradicar el síntoma, además de ineficaz, resultaría también un poco sádica porque el síntoma nos habla de una verdad oculta (que los ideales son imposibles de realizar), pero también ofrece una satisfacción al sujeto que no podría abandonar sin más. Lo vemos todos los días cuando trabajamos con mujeres que sufren violencia de género o con personas adictas a todo tipo de objetos: no pueden desprenderse de esa dependencia, de un día para otro, a riesgo de desaparecer ellos mismos como sujetos. La clínica actual, ya desde hace tiempo, trató de reducir la complejidad del síntoma —con su doble vertiente de denuncia y satisfacción— al trastorno, aparentemente simple, identificable y apto para ser eliminado con un buen protocolo.

Pero mientras haya sujeto, habrá síntomas —lo que no funciona— y por tanto nos conviene más orientarnos por el síntoma, en el trabajo clínico y en otros ámbitos, como el social. Él es nuestra principal brújula para acceder a ese real que nos constituye a todos como seres hablantes. El síntoma, a diferencia del trastorno, llama a la interpretación, nos convoca como un enigma a descifrar algo cuya significación no conocemos de antemano.

La relación estrecha que el síntoma tiene con el mundo que habita hace que su envoltorio formal varíe y que sus formas de presentación se ajusten a los tiempos que corren. Hoy vemos ya pocos cuadros de conversión histérica como los que describen Charcot o el propio Freud en sus primeros años de práctica profesional. Lo que ocurre es que ahora se presentan con otros ropajes, más apropiados a la sociedad del rendimiento y del cansancio y a los ideales de felicidad casi obligatoria (Han, 2012). Hoy hacer objeción a esos mandatos puede presentarse como fatiga crónica, fibromialgia, anorexia...

Lo mismo ocurre en la infancia y en la adolescencia, donde lo que hace síntoma sólo podemos captarlo con relación a las expectativas que, como sociedad y como adultos, depositamos en los niños y adolescentes. Una sociedad regida por el tiempo hiperactivo, por el *zapping* como modo de vínculo, por la instantaneidad en la exigencia de satisfacción, sería extraño que no produjera niños con trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH) que expresan así, con su hiperactividad y desatención, el nuevo régimen del tiempo.

Los síntomas tienen, pues, una plasticidad evidente y nos obligan a tener en cuenta las transformaciones sociales y tecnológicas para entender los usos y funciones que cumplen hoy.

Tres transformaciones claves

Hoy no podemos pensar la subjetividad de niños y adolescentes sin tomar en cuenta tres transformaciones claves, todavía en curso, que inciden en aquella y que suponen un monto de incertidumbre y angustia considerable para los padres, los docentes, los profesionales psi (psicología, psiquiatría, psicoanálisis) y por supuesto para los propios chicos y chicas.

En primer lugar, la transformación que afecta al trabajo, como significativo amo y como polo identificador en la construcción de la persona. Se trata de la actual precariedad, que no parece que vaya a ser pasajera, con la crudeza del vínculo que propone, donde el rendimiento/beneficio es el único valor que se constata, como nos han mostrado Sennett (2006), Bauman (2007) y otros. En sus trabajos han constatado

que el sujeto es en sí mismo un objeto consumible y desechable. Si hasta hace unas décadas la promesa del sacrificio, que implicaba la formación y el esfuerzo, se traducía en estabilidad futura y buena vida, hoy el trabajo se asocia más bien a la degradación. Eso incide ya en la infancia y en la adolescencia donde el saber se ve también afectado por esa degradación y esa subordinación al rendimiento. El debate actual sobre el futuro de la educación nos muestra los intentos desesperados de los pedagogos para restaurar el valor del saber cuándo su rechazo hace cada vez más síntoma en forma de fracaso escolar, absentismo (inhibición), conductas perturbadoras por desatención o hiperactividad o el auge creciente del fenómeno del acoso escolar al que luego nos referiremos (Ubieta, 2016a).

La segunda gran transformación está relacionada con la familia, con sus dinámicas y la desorientación en la que se encuentran muchas madres y padres. El declive de la *imago paterna*, la horizontalidad de los vínculos y la soledad de no pocas madres afectan de lleno la subjetividad de los hijos. Es por ello que uno de los síntomas de esos impasses es la llamada *violencia filio-parental*.

La tercera transformación es la que ha introducido la tecnología, en su alianza con el capitalismo. La producción en serie de objetos que ya no sólo amplifican los sentidos, como anticipaba Freud en su momento, sino que se conectan cada vez más estrechamente con el propio cuerpo, al punto de empezar a hacer realidad el hibridaje entre el hombre y la máquina (chips corporales). Ese nuevo territorio, que es la realidad virtual, ya forma parte de la vida de los niños desde su nacimiento. Y, como ocurre, con las transformaciones anteriores, empieza también a producir síntomas: parasitismo, compulsiones, nuevos riesgos. Nos referiremos a uno que nos parece clave: el desamparo digital.

Sin ánimo de exhaustividad, entonces se plantean algunas de estas nuevas formas de presentación de los malestares en la infancia y adolescencia y se propone, en clave de síntoma, una lectura interpretativa.

El desamparo digital

Un primer síntoma podemos pensarlo a partir de lo que podríamos tomar como una nueva forma del desamparo, el desamparo digital.

El desamparo, más allá del concepto legal, implica que alguien que necesita ser amparado por su vulnerabilidad, queda abandonado a su suerte. A él se refirió Freud con su concepto de *Hilflosigkeit*, con el que nombra el estado de indefensión y desvalimiento en que se encuentra el *infans*, incapaz de satisfacer sus necesidades por él mismo (Freud, 1994). Esa soledad original, estado de desamparo primario, toma la forma de angustia automática, que se hará presente ante cada situación traumática, sea una muerte u otra pérdida. Se trata, para Freud, de una angustia primera que toma esa forma de desnudez, de desvalimiento y de abandono, de estar sin recursos.

El otro primordial —los padres u otros cuidadores— es el agente que proporciona de entrada el amparo y al que le suceden otros lazos, familiares y sociales, que lo renuevan. O también puede serlo una creencia religiosa o política, una pertenencia a un grupo cultural o a una comunidad profesional. La función de todos ellos es la de proveer de sentido al sujeto, fabricar una significación a la pregunta por la existencia y aportar un bienestar, unas coordenadas básicas para su territorio vital que le permitan un anclaje, echar unas raíces.

Hay que tener en cuenta que cada vez que se conmuevan fuertemente las certezas adquiridas y emerja el sinsentido, eso podrá adquirir una dimensión traumática y desencadenar, por tanto, una angustia automática. Este es, de hecho, el resorte del éxito de muchas de las actuales políticas xenófobas y fundamentalistas. «Retomar el control», «Hacer América grande» o «Elegir la Francia» son palabras claves para devolver a cada uno la ilusión de que es él quien está al mando de la nave.

En el caso de la infancia lo vemos cuando algunos padres privan a sus hijos de los cuidados básicos que asegurarían su subsistencia, su formación o su salud. A veces por omisión y otras por exceso, bajo la forma de violencia o abusos. El desamparo ha estado, pues, ligado al no tener, a la carencia de objetos o de cuidados relativos a la subsistencia. Hoy los niños y las niñas reciben, incluso en las familias más

desfavorecidas, todo tipo de *gadgets*. Empezando por el móvil y siguiendo por *tablets*, ordenadores o videoconsolas. La mayoría de veces son los niños mismos quienes aprenden a manejarlas por su cuenta o con ayuda de otros niños o hermanos. Y no es infrecuente que muchos padres desconozcan muchos detalles del uso que hacen: los contenidos que visitan en la web, los mensajes e imágenes que envían o cuelgan en la red o sus videojuegos preferidos. De hecho, tenemos algunos datos que así lo muestran (Ubieta y Pérez, 2018).

En el informe anual de la ONU de 2015 sobre violencia contra la mujer se recoge un dato espectacular: los adolescentes entre doce y diecisiete años serían el sector poblacional que más porno *online* consume en el mundo (UN Women, 2015). Vemos como el poder de la tecnología para ofertar nuevos mitos y nuevas ficciones fantasmáticas es indudable y parece que no tiene fin.

A esto podemos sumar la cantidad de niños, y sobre todo adolescentes, conectados a internet y chateando (WhatsApp) en la cama y hasta altas horas de la noche sin que los padres se enteren. Y finalmente, un último dato: los adolescentes y jóvenes que apuestan *online* (Cabrera, Cánovas, Castaños, Martínez y Moreno, 2016).

Lo que estos hechos ponen de manifiesto son dos cosas. Por un lado, que el ciberespacio es hoy el sustituto del baño de lenguaje al que el sujeto adviene al nacer. Ser nativo digital quiere decir que se nace ya en esa nación digital. Por otra parte, quiere decir que hemos dejado demasiado solos a los niños y adolescentes con sus objetos en permanente conexión. Hoy existen —y se usan— *apps* para dormir a los bebés - por ejemplo, el Cry Translator, de Biloop (2018)- para calmarlos, para que más adelante los niños se laven los dientes. La frecuencia de «falsos positivos», casos en los que la *app* avisa sin que haya motivo, es tan grande que muchos padres viven angustiados durante el día y no logran dormir por la noche, produciéndose el efecto exactamente contrario al esperado: el internet de las cosas contribuya a aumentar la inquietud de los tecnoprogenitores en lugar de aliviarla.

En cualquier caso, parece seguro que lo digital ha venido para quedarse y constituye un elemento central en la vida de la infancia del siglo XXI, como herramienta de aprendizaje, de conexión social y de satisfacción. Lo que no obvia que implique

también sus riesgos: como instrumento de violencia (ciberacoso, *grooming*) o como servidumbre (adicción, aislamiento). Es por eso que deberíamos plantearnos si dejarlos tan solos y desconectarnos del uso que hacen no es hoy una nueva forma de abandono y desamparo en nuestra era digital. Este «otro digital» es anónimo, no responde más que con su programación, lo cual no es lo mismo que el «otro presencial» que tiene un deseo encarnado y que, por ejemplo, se enfada o provoca malentendidos.

No hay que ignorar que el hecho de que niñas de siete u ocho años cuelguen fotos suyas en Instagram maquilladas y con ropa y posturas *sexy* no deja de ser consecuencia de una cierta intromisión adulta en el mundo infantil. Es obvio que les hemos abierto algún camino con nuestro propio uso de las redes y de las imágenes. Hoy asistimos a una hipersolicitud de lo sexual, de una sexualidad que se presenta cada vez más desnuda, más visible y sin relato que vele la inexistencia de la relación sexual, como armonía preestablecida.

No hay duda de que los adultos estamos colonizando la infancia de manera acelerada por la vía de lo híper: infancias hiperactivadas, hipersexualizadas, hiperconectadas. Queremos que sean como nosotros: emprendedores, con una identidad sexual clara, dominadores de varios idiomas y creativos. Idolatramos la autoestima elogiándolos indiscriminadamente como si ya fueran geniales por el simple hecho de ser niños, a menudo origen de egos inflados de narcisismo. Y, al mismo tiempo, los queremos controlados y evaluables en sus resultados. Pero ¿hemos valorado las implicaciones reales de una política de estas características?

Todos somos TDAH

Un segundo síntoma, muy presente en la infancia y adolescencia, es la epidemia del TDAH. El doctor Conners, uno de los investigadores y clínicos del TDAH más reconocido mundialmente por sus escalas utilizadas en el diagnóstico del TDAH, señaló, en una entrevista para el *New York Times* (Schwarz, 2013), que el número de niños en los EE. UU. diagnosticados con TDAH se había elevado a 3,5 millones, frente a los 600.000 detectados en 1990. Él mismo calificó estas cifras de «un desastre nacional de proporciones peligrosas». Hay que decir que el trastorno es ahora, en ese

país, el segundo diagnóstico más frecuente a largo plazo realizado en niños, muy cerca ya del asma.

Pero además, vemos como ese uso avanza cada día y en todas las edades, tanto por abajo como por arriba. Parece no tener límites. Los cambios introducidos en el año 2014 en el sistema escolar norteamericano permitieron la incorporación en escuelas públicas a niños y niñas de tres a cinco años. Ello ha supuesto el avance del diagnóstico de TDAH en esas edades preescolares, puesto que la Academia Americana de Pediatría aconseja adelantar la detección a edades tempranas, para así prevenir mejor los futuros fracasos escolares.

Traducido en cifras, ha supuesto que el aumento de diagnósticos en escuelas públicas haya sido, tras esta ampliación de la escolaridad, de un 59 %, mientras que, en las escuelas de clase media, de un 10 %. Actualmente, y según el CDC (Center for Disease Control and Prevention), en los EE. UU. hay unos diez mil niños de entre dos y tres años, incluidos en el programa público Medicaid con un diagnóstico de TDAH y medicados con Adderall (psicoestimulante anfetamínico) a los que habría que añadir cuatro mil más de los seguros privados. Estos datos se encuentran en el primer informe realizado sobre el uso de la medicación con menores de cuatro años, dirigido por la doctora Visser (2014).

Si fuéramos más jóvenes tendríamos permiso para escandalizarnos, pero, a nuestra edad, quizás nos conviene más preguntarnos por las razones de este fenómeno. Mi hipótesis es que esto se produce por causas diversas, pero sobre todo por esa confusión de la que hablábamos antes entre síntoma y trastorno. Es evidente que el TDAH existe, nos pasamos el día hablando y escribiendo sobre él. Y es evidente que esa etiqueta o ese nombre designa algo muy real, designa un malestar creciente entre padres e hijos, entre docentes y alumnos. Designa un malestar con causas múltiples y de una gran complejidad, que tiene que ver con las transformaciones sociales, los cambios familiares, las dificultades de educar y criar en nuestra época y, por supuesto, con las causas particulares de cada sujeto, niño o adulto. Causas que en algunos casos remitirán a un trastorno claro, en otros a dificultades relacionales o adaptativas y en algunos pocos a enfermedades orgánicas.

¿Por qué nombrar toda esa diversidad y complejidad con un acrónimo de cuatro letras? Digamos que no es casualidad su éxito para cristalizar y precipitar ese malestar en un solo significante. Todos somos, en cierto modo, hiperactivos porque nuestro tiempo lo es. Hiperactivos en su vertiente impulsiva y *multitasking*, y en su vertiente desatenta, modo *zapping*. La hiperactividad es sin duda uno de los nombres privilegiados de nuestra manera de gozar y de satisfacernos con los objetos que nos rodean.

El problema de reducirlo todo a esas cuatro letras es que hay efectos colaterales — además de los secundarios ya conocidos— como es el hecho de la «desresponsabilidad» que se produce en un sujeto cuando se le ofrece fácilmente un pretexto para justificar sus olvidos, sus inhibiciones o su falta de control. Un paciente de cuarenta y cinco años, con dificultades de pareja y en paro tras diez años dirigiendo sin problemas una oficina bancaria, no duda, al terminar la primera entrevista, en pedirme un informe para solicitar un certificado de discapacidad, alegando su diagnóstico actual de TDAH.

Jacques Lacan (2001b) alertó de esta tendencia del «niño generalizado» como un rasgo que él intuía cada vez con más fuerza. *Niño generalizado* quiere decir abandonarse a la tentación de la inocencia, como la nombró años más tarde Pascal Bruckner (2002) o como se lamentó antes André Malraux cuando en sus *Antimemorias* se quejaba de que ya no quedaban personas mayores, o sea adultos responsables.

El TDAH, si lo entendemos como síntoma de ese malestar contemporáneo, debería hacernos pensar, a la hora de discriminar y particularizar el caso por caso, en otras variables, además de las clínicas ya señaladas anteriormente. Citaré cuatro que yo he constatado en los casos de niños y adolescentes diagnosticados con TDAH.

Por un lado, la existencia de duelos no realizados en la familia, algunos ligados a situaciones de abandono de alguno de los progenitores, desaparecidos brusca o precozmente o a duelos migratorios. Por otro, situaciones persistentes de violencia intrafamiliar (de género o maltratos y/o abusos). También situaciones de negligencia continuadas donde los cuidados básicos y la presencia de los padres quedan muy

reducidos. Y, por último, el peso que toman muchas veces los secretos familiares que provocan, en muchos niños y adolescentes, la necesidad de actuar y representar, con sus cuerpos movidos y despistados, lo no dicho. Todos estos factores son causa directa de agitación y desatención en muchos sujetos que atendemos.

Interpretar ese síntoma llamado TDAH requiere muchas veces de esa práctica entre varios que nos permitirá afinar en cada caso la dimensión del malestar, su gravedad, su abordaje y su pronóstico. Reducirlo a un trastorno «igual para todos» nos conduce a un callejón sin salida y a la rigidez de unas respuestas que no toman en cuenta al sujeto que lo padece y sin el cual, no nos engañemos, no habrá cambios posibles.

La existencia y sobre todo la insistencia del TDAH nos indican que se trata de un falso nombre para el sujeto. Nombre porque designa algo muy real, algo que habla de cómo cada uno se vincula al otro a través del cuerpo, una satisfacción en esa manera de agitarse o despistarse que en cierto modo nombra el modo de goce de ese sujeto. Pero a la vez falso porque su ser no se reduce a esa modalidad, hay otras posibilidades para el deseo y la satisfacción que se podrían explorar si uno no queda fijado a esa «clase», a una especie de jaula de hierro de la que no podría salir y que parecería que lo encasilla, junto a otros que también llevan ese nombre.

Abusar de este modo de nominación universal —neolengua que incide en la subjetividad— implica que la diversidad de realidades clínicas, si bien fenomenológicamente puedan parecerse, se aborde bajo la homogeneización de la medicación. Eso sólo es pensable si a esos cuerpos agitados se les supone sujetos mudos o simplemente sin sujeto, reducidos al cerebro (Pérez Álvarez, 2011). Esa es la hipótesis del TDAH como una enfermedad de origen neurobiológico.

Para el psicoanálisis de orientación lacaniana, un cuerpo no es pensable fuera del lenguaje porque el primer baño que nos damos es precisamente ese. Antes de nacer ya somos hablados (nombre, género, expectativas) y nos sumergimos de lleno a partir ya de los primeros dichos familiares que percuten en nuestro cuerpo. Nada del lenguaje nos es pues ajeno. De entrada, esos dichos se nos presentan desprovistos de significación, a modo de letras que se escriben e inscriben en el cuerpo y a las cuales

deberemos añadir otras palabras para ir dándoles significación y anudar así las palabras al cuerpo.

Hablar con el cuerpo es suponer que la agitación tiene sus razones, particulares a cada uno en función de las vicisitudes biográficas y de las elecciones e interpretaciones que vamos haciendo. Por eso nuestro trabajo como clínicos, más que llevar un registro contable de las conductas, debe tomar en cuenta cómo cada uno encuentra la satisfacción, sea como placer o como malestar, y cómo eso se puede leer en esos cuerpos inquietos, desatentos, impulsivos, pero, sobre todo —y esa es una de las enseñanzas de los casos que atendemos— hay que darse cuenta de que la clínica de la hiperactividad siempre tiene dos ejes. Está lo que se mueve, lo que no para, lo que no atiende, todo lo que podríamos situar como síntomas negativos. Pero junto a ese eje, lo interesante es situar lo fijo, lo que no cambia, esa repetición que se va constituyendo como una satisfacción para el sujeto.

Sabemos que muchos de estos niños desatentos en cambio están hiperatentos a los signos del deseo del otro, a los cambios de entonación, a las miradas. De la misma manera que los chicos impulsivos están fijados a un patrón de actuación que en ocasiones los puede poner en riesgo grave. Sus cuerpos hablan así y ellos nos dicen más de lo que saben y podemos leer ese funcionamiento pulsional donde la demanda del otro está muy presente, demanda a la que ellos responden agitándose (Ubieto, 2014).

Esta hipótesis —la de que se trata de una satisfacción pulsional ligada a una demanda— es la que nos autoriza a proponernos como sus interlocutores para este trabajo de lectura de esos cuerpos y ayudarles a situar esos acontecimientos de cuerpo, siempre anudados a los dichos y significantes que han sido claves en sus historias particulares.

El alcance de este trabajo será diferente, obviamente en cada caso y en función siempre del vínculo transferencial. Y también debemos pensarlo como un trabajo que nos permite mantener una conversación con los otros profesionales que intervienen con esos niños (educadores, trabajadores sociales...).

***Bullying*: el acoso del sujeto**

Todos los datos disponibles nos indican que el fenómeno del acoso escolar, anteriormente adscrito a la adolescencia, hoy se inicia ya en la infancia, donde encontramos los primeros signos en tercer o cuarto curso de primaria (Save the Children, 2013). Se trata de situaciones donde lo que se pone en juego inicialmente (la valía del sujeto) se conectará posteriormente a la nueva sexualidad púber (Ubieto, 2016a).

Pero en los dos casos, infancia y adolescencia, la experiencia subjetiva del *bullying* tiene un carácter traumático. Los testimonios que encontramos en la clínica y en la literatura así nos lo confirman. Se trata de un acontecimiento que deja huellas indelebles, diferentes para cada uno, hasta el punto de que a veces tienen que pasar décadas para poder hablar de ello (Ubieto, 2016b).

El *bullying* es además un síntoma social que forma parte del malestar en la civilización. Analizarlo implica tomar en cuenta dos ejes: aquello que aparece ligado al momento histórico donde emerge y lo atemporal y aquello que lo conecta con el pasado y con las razones de estructura. En el caso del *bullying*, lo que no cambia, aquello que permanece fijo, es la voluntad de dominio y la satisfacción cruel que algunos sujetos encuentran al someter a otros a su capricho, para así defenderse del desamparo ante lo nuevo. Eso ha existido siempre como el ejercicio del matonismo en la escuela, fundado en el goce que proporciona la humillación del otro, la satisfacción cruel de insultar y golpear a la víctima.

¿Qué habría de nuevo en nuestra época para explicar las formas actuales que toma este fenómeno? Sin ánimo de exhaustividad podemos aportar cuatro causas a considerar:

1. El eclipse de la autoridad encarnada tradicionalmente por la figura del padre y sus derivados (maestro, cura, gobernante). No se trata tanto de ausencia de normas —haberlas haylas— sino de valorar la autoridad paterna por su capacidad para inventar soluciones, para transmitir un testimonio vital a los hijos, a esos que, como Telémaco, hijo de Ulises, miran el horizonte escrutando la llegada de un

padre que no acaba de estar donde se le espera, para acompañar al hijo en su recorrido y en sus impases.

2. La importancia creciente de la mirada y la imagen como una nueva fuente privilegiada de goce en la cultura digital. Ante eso, se trata de no quedar al margen como un *friki* o un *pringao*. Junto a la satisfacción de mirar y gozar viendo al «otro-víctima», hay también el pánico a ocupar ese lugar de segregado, quedar así *invisible*.
3. La desorientación adolescente respecto a las identidades sexuales. En un momento en que cada uno debe dar la talla, surge el miedo y la tentación de golpear a aquel que, sea por desparpajo o por inhibición, cuestiona a cada uno en la construcción de su identidad sexual.
4. El desamparo del adolescente ante la pobre manifestación de lo que quieren los adultos por él en la vida, y la subsecuente banalización del futuro. Esta soledad ante los adultos y la vida supone una dificultad no desdeñable para interpretar las fantasías y las realidades que puede llevar al extravío y a la soledad. Entre los refugios encontrados en los semejantes, la pareja del acoso es una solución temporal.

Estos cuatro elementos convergen en un objetivo básico del acoso que no es otro que evitar afrontar la soledad de la metamorfosis adolescente y optar por atentar contra la singularidad de la víctima. Esta «fórmula» genera un tiempo de detenimiento en la evolución personal. Elegir en el otro sus signos supuestamente «extraños» (gordo, autista, torpe, desinhibida...) y rechazar lo enigmático, esa diferencia que supone algo intolerable para cada uno, es una crueldad contra lo más íntimo del sujeto que resuena en cada uno y cuestiona nuestra propia manera de hacer.

Abordar el acoso implica acompañar a esos niños y adolescentes en su recorrido y para ello hace falta la palabra y sobre todo poner el cuerpo. Estar allí para dar testimonio, como adultos, de lo que para cada uno supuso ese delicado tránsito, de sus dificultades y también de sus invenciones. Abrir los ojos y escuchar no sólo lo que ellos pueden contar, sino atender a las muestras de ese sufrimiento subjetivo:

soledad, insomnio, tristeza, humillación, temores, sentimiento de culpa. Generar una nueva autoridad a partir de un «saber hacer» con esa dificultad y con la vida, más que con discursos morales.

El sentimiento íntimo de «ser acosado» es el estado «natural» del adolescente, acosado en primer lugar por su propio cuerpo, al que ya no controla y que se muestra exigente en su empuje a la satisfacción. Ese acoso íntimo, en ocasiones, lo proyecta en la figura del chivo expiatorio.

Violencia filio-parental o violencia ascendente

Para finalizar, quisiera hablar un poco de otro «nuevo» síntoma: la llamada *violencia filio-parental* (VFP) o *violencia ascendente*, motivo de consulta creciente en muchos dispositivos clínicos, educativos y sociales, además obviamente de los policiales y judiciales.

Salir de la infancia, atravesando esa «delicada transición» (Víctor Hugo) que es la adolescencia, como hemos visto, no es un asunto fácil. La prueba es que muchas sociedades inventaron para ello sus ritos de paso, todos con la misma secuencia: separación de la familia, exposición a pruebas con riesgo y finalmente adquisición de un lugar en la sociedad de los adultos (Gennep, 2008).

Freud incluso recurrió a la metáfora de un túnel donde el adolescente tiene que cavar, al tiempo, una doble salida. La que le llevará a obtener una identidad social como adulto responsable y la que le otorgará su nueva identidad sexual (Freud, 1981).

Hacerse adulto implica, pues, separarse del universo infantil en el que habitaban hasta entonces. De la protección de los padres, en primer lugar, y de los objetos y sus modos de uso, propios de la infancia.

Se trata ahora de sustituir a los padres como *partenaires* privilegiados por una nueva pareja: la que forma el sujeto con el goce en su intento de hacerse un cuerpo. Cuerpo que tiene que domesticar (tuneo, marcaje, musculación, intoxicación) por dos razones. Primero porque le inquieta su extrañeza (regla, pilosidad, sensaciones y

excitaciones) y segundo porque descubre la tentación de la pulsión de muerte (violencia, intoxicación, riesgo).

Esa separación siempre es dolorosa para los hijos y para los padres, que también tienen que hacer ese tránsito y desprenderse de los hijos-niños.

Ejemplos cotidianos los encontramos en la negativa de ellos y ellas a salir a pasear con los padres, en su decisión de cerrar la puerta de la habitación o bloquear el acceso a sus redes sociales. Momentos de separación que, a veces, resultan difíciles para los padres, acostumbrados hasta entonces a compartirlo todo con ellos, en un régimen de transparencia y confianza.

Cuando la familia dispone de espacios de conversación o lugares de elaboración de esta separación (familia extensa, profesionales externos, asociacionismo), la palabra vehicula este conflicto hasta encontrar fórmulas para establecer límites diferenciadores de unos y otros (espacios compartidos y espacios diferentes, reglas comunes y pautas propias). Esa vía ordinaria no excluye, por supuesto, broncas, portazos y desafíos, pero no hace de ese conflicto, necesario para crecer, un problema intratable. Los adolescentes deben encontrar su lengua auténtica que se anude al cuerpo.

A veces esta mediación simbólica no es posible y la violencia pone en juego *el real* que esconde, y que ahora se desvela con toda su crudeza y sadismo. Surge entonces la violencia como falsa salida, vía que implica una ruptura en el vínculo y en el marco de convivencia, válido hasta entonces. Insultos, gritos, empujones, patadas, golpes. Modos radicales de separarse de aquel que se percibe ahora como intrusivo e insoportable. Es un rechazo a la demanda de ese «otro» del que ya no se aceptan condiciones ni deberes impuestos (tareas domésticas o escolares, horarios, hábitos de consumo).

Junto a ese rechazo surgen también la rabia y los reproches acumulados, que ahora toman un lugar principal en ese cuerpo a cuerpo. Las ausencias, por ruptura o abandono, los desacuerdos parentales, los abusos antiguos o los excesos por consumos o trastorno mental. Toda esa herencia paterna —lo actuado, lo dicho y lo no dicho— ha dejado su huella en cada hijo.

La adolescencia suele ser un primer momento de hacer balance y pasar factura por los daños, frontales o colaterales. Esos reproches hay que escucharlos como una denuncia, pero también como un rechazo que puede tomar formas muy diversas. Hay las más espectaculares que suponen una confrontación directa, en forma de violencia física o verbal, pero también está el rechazo silencioso/discreto o la fuga, como desaparición. Encontramos también una tercera manifestación, que es el boicot a la demanda del otro: absentismo escolar, inhibición en las tareas académicas o domésticas. Las tres son maneras de evidenciar ese rechazo.

Subirse encima de los padres, ejercer de pequeño dictador e imponer sus normas, manipulando a los padres y compañeros de clase, es a la vez una denuncia de la desnudez del rey y una constatación patética de que ese nuevo puesto de rey de la casa es un lugar tramposo, ya que no deja de ser un amo de pega. Donde había un sujeto olvidado —al menos esa es la vivencia que uno puede construirse de la escena familiar— ahora tenemos un rey, siempre al borde de cortarse o autolesionarse, consciente de que su reino es poco glamuroso.

Toda violencia, incluida la violencia filo-parental, es signo de que la palabra ya no tiene valor de intercambio. Lo paradójico es que esta denuncia reproduce y repite inconscientemente, aquello mismo que denuncia: el exceso de goce, sin regulación alguna, como si fuera fruto del capricho. La violencia deviene así un bucle que sólo puede ir aumentando hasta explotar y provocar una separación (internamiento, fuga, familia extensa). Esa sería su salida natural, más tarde o más temprano.

Pero lo interesante, ya que es en lo que nos vamos a apoyar para trabajar con ellos, es que junto a ese rechazo, a la rabia y la protesta, hay también las «soluciones inventivas» de cada uno. Son estas vías particulares que cada uno encuentra lo que nos permite pensar que el deseo de estos chicos y chicas no está anulado por completo y que por tanto puede haber un pronóstico esperanzador para su futuro. Son esas fórmulas las que les permitirán tener un lugar propio en el mundo de los adultos, más allá de sus déficits y de su herencia familiar.

Dar un sí y un no

En la actualidad parecen dibujarse dos vías claramente diferenciadas de abordaje de estos malestares. Por una parte, renunciar a escuchar al sujeto, cerrándoles la boca con el abuso de la medicación y el mal uso de los protocolos (Peteiro, 2010). Es el caso, por ejemplo, de los protocolos asistenciales para el omnipresente TDAH. No deja de ser una manera de dejarlos solos frente a su dolor, generadora de odio porque transforma la mirada inquisitiva en una nominación degradante, vía la etiqueta diagnóstica.

Parece evidente que así no conseguiremos su respeto, abandonándolos sin transmitirles los medios de saber y de circulación social. Hoy es un hecho que están más solos que antes, con su ventana virtual ante la fragilidad del saber que ya no provoca tanto el deseo de ver la vida de otra manera.

La otra forma, a cultivar, es tomar en cuenta ese malestar de inicio y pensar que nuestro trabajo consiste en ayudarles a encontrar la fórmula que conjuga el acompañamiento y la exigencia. Eso implica acompañarlos, estar a su lado renunciando a comprenderlos, porque ellos no quieren y además les irrita ya que ellos mismos no saben de sí. Incluso diríamos más: en el caso de los púberes, para comprenderse el adolescente debe sustraerse de la comprensión del «otro».

Nosotros debemos tomar, más bien, una cierta posición de no saber, de no suponer de entrada todas las explicaciones y estar abiertos a la sorpresa que cada uno lleva. Solo el mestizaje entre lo viejo que heredan y lo nuevo que aportan será productivo.

El segundo ingrediente de la fórmula propuesta en su día por el filósofo Alain (Chartier, 1967), la exigencia, implica no ceder ante la apatía, reclamar el esfuerzo y ayudarles a crear una lengua nueva que incorpore la herencia y diga, traducido, su malestar. Ayudarles a transformarlo en una pregunta productiva, a establecer una perspectiva desde donde mirarse en ese trayecto del presentimiento a la realización. Un lugar desde donde mirarse y que no les devuelva una imagen de sí mismos como una mancha opaca.

Darles un «sí», mostrando nuestro deseo como educadores o clínicos, arriesgando nuestra decisión más allá de los protocolos establecidos, abre la posibilidad de que

ellos escuchen un «no» frente a las derivas de su goce mortífero (drogas, peleas, abandonos). Sin acoger el malestar no hay credibilidad ni obediencia, ya que todas las soluciones les resultan falsas. Y cuando esa obediencia se consigue por la vía falsa es siempre para lo peor, como demuestra el caso de las Juventudes Hitlerianas, fallida y trágica fórmula de encauzar la violencia juvenil en un programa de exterminio.

La hospitalidad (acoger el malestar) y el encuentro (tratarlo con otros) son dos orientaciones claves junto a la tercera: dar(se) el tiempo que hace falta para esas trayectorias vitales.

Hoy corremos el riesgo de identificar a los chicos como problemas en lugar de identificar sus problemáticas. Nos preguntamos más qué hacen y no tanto qué les preocupa o qué les pasa.

Por eso, ante una crisis de significantes y referentes claves como el saber, la familia, el trabajo no sirve el hacer «más de lo mismo» o implementar fórmulas simplistas de etiquetaje y monitoraje, que acaban siendo ejercicios de sadismo disfrazados de reeducación.

No nos queda sino inventar otra cosa que pase necesariamente por reivindicar la singularidad de las respuestas subjetivas. Para lo cual, y en primer lugar, hay que contener y reducir los daños, cuando se manifieste, de la violencia rompiendo ese bucle que la retroalimenta, como pulsión de muerte. Frenar ese goce autodestructivo que implica al sujeto y su entorno (familia, escuela, comunidad).

Para ello hay que relanzar el deseo tomando apoyo en el presentimiento y en las invenciones, abriendo así la vía de una salida propia y real. Pasar del déficit a la invención como guía de actuación (Azaña, Pérez y Ubieto, 2016). Eso nos permite entender por qué los sujetos tienen necesidad de hablar de sí mismos.

Conversar con los niños y adolescentes es provocarles, preguntarles por sus intereses y forzarles a que respondan en su lengua y den forma a ese malestar como un verdadero síntoma del que podemos hacernos sus interlocutores.

No se trata, pues, ni de ubicarnos en la posición de «los que ya saben cómo expertos» pero tampoco hacer semblantes falsos de «los que podrían ser como

ellos». Preguntarles, por ejemplo, por la diferencia entre los videojuegos que les gustan o el uso que hacen de algunas redes sociales (Facebook, Snapchat, Musical.ly, Instagram) es interesarse por el manejo que hacen de la imagen, cómo tratan con ella de encontrar su representación en el otro.

Somos lo que conectamos: redes y enredos

Para seguir siendo, como adultos, interlocutores válidos para las infancias y adolescencias del siglo XXI, las prácticas colaborativas, entre ellas el trabajo en red, son un buen método que debe permitirnos organizar esa conversación con la doble finalidad de orientarnos y sostener nuestro acto, sin caer en la identificación alienante a las dinámicas familiares: delegaciones o acusaciones entre servicios.

Esa conversación exige construir el caso, uno por uno, y asegurar la coordinación efectiva, al tiempo que la continuidad. Pasar de una multiasistencia a un verdadero trabajo entre varios.

El trabajo en red es en realidad la construcción de un *partenaire* del niño o de la niña y de su familia que les ofrezca la posibilidad de rectificar su relación a ese otro, marcada hasta ahora por la des-regulación o la indiferencia (Ubieto, 2012). Se trata de ver si esa red podrá acompañarlos en su objetivo de salir de la infancia y hacerse mayores, por tanto, responsables, sin la tentación del parasitismo (dependencia objetos), la inhibición (saber, trabajo) o la violencia (auto/hétero).

Este trabajo no puede ignorar a los padres que forman parte de la escena. Invitarles a hablar es invitarles a disolver el saber, que siempre tienen, pero que a veces fija el síntoma del hijo de mala manera, sin dialéctica posible. Aquí no se trata tampoco de enjuiciarlos ni hacernos sus cómplices, sino de reconocer su saber y sobre todo su división subjetiva, y sus dudas, por su doble condición de padres y seres hablantes, hombres y mujeres.

Eso ya excluye fórmulas como escuelas de padres, donde es el saber del experto el que comanda la conversación. Y por supuesto las recetas de autoayuda. Ellos y nosotros debemos poner el cuerpo y tomar en cuenta la impureza del deseo que nos anima, deseo que nosotros mismos pusimos a prueba en ese delicado tránsito

adolescente. Lo que ahora nos resuena tiene que ver con los asuntos que nosotros mismos dejamos pendientes.

Por eso las preguntas que debemos hacernos hoy, para abordar los síntomas infantiles y adolescentes, son: ¿Qué tipo de interlocutores queremos ser? ¿Cómo ayudarles a conseguir su inscripción en el «otro social»? ¿Cómo hacer para que la red virtual no sea hoy el único lugar de representación, ya que es un lugar que favorece la des-regulación porque supone un «otro anónimo», indiferente a ratos y muy exigente pulsionalmente (siempre quiere más *likes*, más imágenes)?

¿Cómo ayudarles, en definitiva, a conseguir una perspectiva de sí mismos que les cause el deseo de hacerse mayores en lugar de abocarlos a la impotencia de un «No future» o al abismo melancólico, ¿siempre presente en las conductas de riesgo?

Bibliografía

- Azaña, E., Pérez, I. y Ubieta, J. R. (marzo 2016). ADOJO (A+J). Del dèficit a la invenció. *Butlletí d'Inf@ncia*, 93. Recuperado de http://treballiaferssocials.gencat.cat/ca/actualitat/butlletins_electronics/butlleteti_infancia/Num.93/
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.
- Bruckner, P. (2002). *La tentación de la inocencia*. Barcelona: Anagrama.
- Cabrera, V., Cánovas, M., Castaños, A., Martínez, V. y Moreno, A. (2016). *El juego de apuestas en adolescentes de la provincia de Alicante*. Alicante: Diputación de Alicante. Recuperado el 15 de noviembre de 2018, de <http://comunicacion.umh.es/files/2016/12/19-12-16-Juego-Apuestas-Adolescentes-Dossier-Prensa-2016.pdf>
- Chartier, E. (Alain) (1967). *Propos sur l'éducation*. París: PUF.
- Clarke, A. (2000). *El fin de la infancia*. Barcelona: Minotauro.
- Freud, S. (1981) [1905]. Tres ensayos de teoría sexual. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. IV, pp. 1169-1237). Madrid: Biblioteca Nueva.

— (1994). Proyecto de una psicología para neurólogos. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. I, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu.

Gennep, A. van (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza.

Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

Lacan, J. (1971). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada: Un nuevo sofisma. En J. Lacan, *Escritos* (Vol. I, pp. 187-203). México: Siglo XXI.

— (2001a). La psiquiatría inglesa y la guerra. En J. Lacan, *Otros escritos* (pp. 113-134). Buenos Aires: Paidós.

— (2001b). Alocución sobre las psicosis del niño. En J. Lacan, *Otros escritos* (pp. 381-392). Buenos Aires: Paidós.

Pérez Álvarez, M. (2011). *El mito del cerebro creador*. Madrid: Alianza.

Peteiro, J. (2010). *El autoritarismo científico*. Málaga: Miguel Gómez.

Save the Children (2013). Acoso escolar y ciberacoso: Propuestas para la acción. Recuperado el 15 de noviembre de 2018, de https://www.savethechildren.es/sites/default/files/imce/docs/acoso_escolar_y_ciberacoso_informe_vok_-_05.14.pdf

Schwarz, A. (2013, 14 diciembre). The selling of attention deficit disorder. *New York Times*. Recuperado el 15 de noviembre de 2018, de <https://www.nytimes.com/2013/12/15/health/the-selling-of-attention-deficit-disorder.html>

Sennett, R. (2006). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.

Ubieta, J. R. (2012). *La construcción del caso en el trabajo en red: Teoría y práctica*. Barcelona: UOC.

— (2014). *TDAH: Hablar con el cuerpo*. Barcelona: UOC.

— (2016a). *Bullying: Una falsa salida para los adolescentes*. Barcelona: Ned.

— (20 febrero 2016b). Testimonios literarios del bullying. *El Blog de José Ramón Ubieta*. Recuperado el 15 de noviembre de 2018, de

<http://joseramonubiето.blogspot.com/2016/02/testimonios-literarios-del-bullying.html>

Ubiето, J. R. y Pérez, M. (2018). *Niñ@s híper: Infancias hiperactivas, hipersexualizadas e hiperconectadas*. Barcelona: Ned.

UN Women (2015). *Cyber violence against women and girls*. [Informe de UN Broadband commission for Digital Development working group on Broadband and Gender]. Nueva York: UN Women. Recuperado el 2 de julio de 2018, de http://www.unwomen.org/~media/headquarters/attachments/sections/library/publications/2015/cyber_violence_gender%20report.pdf?d=20150924T154259&v=1

Visser, S. (2014). The epidemiology of attention-deficit/hyperactivity disorder. En Department of Behavioral Health and Developmental Disabilities, *Georgia ADA settlement update for behavioral health* (pp. 17-67). Recuperado el 15 de noviembre de 2018, de https://www.cartercenter.org/resources/pdfs/health/mental_health/2014-mental-health-forum-power-point-presentations.pdf

Otras referencias consultadas

Hinshaw, S. P. y Scheffler, R. M. (23 febrero 2014). Expand pre-K, not A.D.H.D. *New York Times*. Recuperado el 15 de noviembre de 2018, de https://www.nytimes.com/2014/02/24/opinion/expand-pre-k-not-adhd.html?_r=0

Lacan, J. (1989). El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos*, vol. I (pp. 86-93). México: Siglo XXI.

Per citar aquest article:

Ubiето, J. R. (2019). Los malestares actuales de la infancia. *Revista Catalana de Pedagogia*, 15, 63-87.

Publicat a <http://www.publicacions.iec.cat>